

Palestina, la hora de la verdad

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Desde que el pasado 23 de diciembre se aprobara en el Consejo de Seguridad de la ONU la resolución 2334 en contra de la política de asentamientos israelíes en Cisjordania y Jerusalén Este, la cuestión palestina ha vuelto a la primera página de la agenda internacional. De donde realmente nunca debería haber salido, ya que constituye el principal affaire de Oriente Próximo desde la proclamación del Estado de Israel en 1948. A partir de entonces, y en contra de lo fijado por Naciones Unidas, sigue coleando la proclamación de los dos Estados como la única solución viable a una crisis que, a día de hoy, no tiene otra salida. La novedad de dicha votación radicó en que Estados Unidos se abstuvo, permitiendo que aquella saliera adelante. Sin duda, era una consecuencia lógica de las tensas relaciones que han caracterizado a la Administración Obama con el ejecutivo de Netanyahu. Pese a lo cual, no lo olvidemos, ha sido el gobierno norteamericano que más ayuda militar ha proporcionado a Israel en sus ocho años en el poder. Cosa ciertamente paradójica.

El problema es que a Obama le han sobrado palabras y faltado hechos. Su elección en noviembre de 2008 despertó toda una oleada de simpatía a nivel mundial, incluidos los árabes. Aunque no en Israel, desde donde se orquestó una auténtica campaña de difamación para tratar que no saliese elegido. Diríase que las cosas podían cambiar de una vez por todas en la región y que la solución de los dos Estados terminaría por cuajar. Lo manifestó en El Cairo en su celebrado discurso del 4 de junio de 2009. Desde ese instante se dio paso a la diplomacia para lograr algún tipo de arreglo, en especial siendo secretario de Estado John Kerry. Sin embargo, Netanyahu no estaba dispuesto a ceder en nada, por lo que se dedicó a boicotear no sólo las negociaciones, sino al propio Obama. Por lo que la hoja de ruta ideada por Washington ha quedado en papel mojado, los israelíes han seguido su política de colonización en los territorios ocupados y han generado una situación que es claramente insostenible. De ahí que sólo en este contexto puedan entenderse la resolución mencionada y la carta publicada por el ex presidente Jimmy Carter el pasado 28 de noviembre en The New York Times. En ella pedía a Obama el reconocimiento del Estado palestino, debido a la que se avecina con Donald Trump en la Casa Blanca.

Teniendo en cuenta este telón de fondo es como hay que analizar la cumbre sobre Próximo Oriente celebrada en París el 15 de enero, continuación de la que tuvo lugar el 3 de junio de 2016 y que no dio resultado alguno. Ahora, no obstante, el número de participantes ha sido mayor, setenta naciones. Como entonces, tampoco han asistido ni representantes de Israel ni de la Autoridad Palestina, lo que, según Netanyahu, resta todo valor a la conferencia. A su juicio, la paz debe ser negociada entre ambas partes y sin condiciones previas. Lo que traducido a román paladín quiere decir que ni habrá paz, ni piensa hacer concesiones. Así de sencillo. Y por eso el diálogo lleva casi atascado desde el asesinato de Rabin en 1995, cuando sí parecía estar convencido de llegar a un verdadero acuerdo. En la situación actual, es imposible obtener nada del gabinete más ultraderechista de la historia de Israel, con miembros tan racistas y xenófobos como Bennett o Lieberman, entre otros. Por ello la necesidad de forzar la situación desde fuera, como ya se hizo en su caso con Sudáfrica. Sólo en el momento en que la comunidad internacional reaccionó en su conjunto en contra del apartheid y de la vulneración constante de los derechos de la población negra, se forzó al gabinete sudafricano controlado por la minoría blanca a avanzar hacia la

democratización de las instituciones. En mi opinión, ha llegado la hora de hacer algo similar con Israel.

Por consiguiente, no basta con alertar sobre el peligro de que se esfume la solución de los dos Estados, como ha hecho Hollande en la apertura de la reunión, o sobre la unilateralidad israelí. Es preciso avanzar, empezando por el reconocimiento pleno de Palestina de aquellos países cuyos parlamentos ya lo han hecho, como la propia Francia, España o Gran Bretaña. Y, desde luego, tal como le pedía Carter en su misiva, sería necesario que Obama prestara un último servicio a la política internacional en este mismo sentido. Toda vez que sabe que Donald Trump puede incendiar la zona con decisiones poco pensadas y que sólo beneficiarían a Israel. A este respecto, algunos de los nombramientos que hará en breve son para echarse a temblar. El futuro embajador en Tel-Aviv, David Friedman, es un judío ultra-ortodoxo partidario de la anexión de Cisjordania y Jerusalén Este y que aparenta trabajar más por los intereses israelíes que estadounidenses. El representante especial a cargo de las negociaciones internacionales, puesto de nueva creación, ha recaído en el judío ortodoxo Jason Greenblatt, teniendo como una de sus misiones centrarse en el conflicto palestino-israelí. Finalmente, su yerno, el marido de Yvanka, Jared Kushner, también destacado judío multimillonario, será el asesor principal del propio Trump. Con semejante plantel, ¿qué se puede esperar? Sin duda, éstas son las bazas de Netanyahu. De suerte que si hasta ahora EEUU siempre ha sido un árbitro casero, ahora simplemente será un jugador más de los israelíes. Razón por la cual la comunidad internacional debería reaccionar ante tanto atropello y hacerlo cuanto antes, pues no hay tiempo que perder.

15 de enero de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 20 de enero de 2017, p. 20